

Maximiliano Barrientos

Los Daños



BOLIVIA

Serie La Mancha, 2006
© Fondo Editorial de La Hoguera
Los Daños
Maximiliano Barrientos

Editorial La Hoguera
Calle Beni 678
Edificio Gabriela 2º piso
Santa Cruz de la Sierra
Bolivia

Derechos reservados de acuerdo a Ley

Prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin permiso expreso, por escrito, del autor y la empresa editora.

Editor: Mauricio Méndez J.
Corrección de estilo y Diseño editorial:
Departamento de Producción La Hoguera
Foto de tapa: Clovis de la Jaille
Impresión: Imprenta Landívar

PRIMERA EDICIÓN • 2006
Depósito Legal: 8 - 1 - 621 - 06
I.S.B.N.: 99905 - 76 - 98 - X

Comentarios y sugerencias:
www.lahoguera.com

Alfaro

A la una y cuarto la mujer oyó el timbre pero pensó que se trataba del sonido escuchado en un sueño. Soñando con edificios que empiezan a venirse abajo mientras la polvareda que levantan forman rostros de personas conocidas. A los segundos volvió a escuchar el timbre y esta vez estuvo segura de que no se trataba de un sueño, abrió los ojos, se preguntó por la hora, se levantó de la cama y finalmente logró despertarse del todo. El timbre sonó por tercera vez y la mujer se calzó las sandalias, se dirigió a la entrada, abrió la puerta (sólo unos centímetros) y lo encontró ahí como si lo hubiese visto hacía tan sólo una hora, como si volviese de un arduo día de trabajo. Ahí estaba Alfaro, con la misma ropa de siempre, mirándola con la frescura de un niño.

Preguntó si podía pasar y la mujer quiso saber lo que buscaba. Alfaro movió los hombros, bajó la mirada y asentó

una mano en la puerta. Ambos se quedaron callados por algunos segundos y ella abrió la puerta y le dijo que pase. Se sentó en una de las sillas de la pequeña sala del departamento y observó el rostro del hombre que por alguna razón se sacó los zapatos y se dio masajes en los dedos de los pies.

Hacía cinco meses que no lo veía.

Alfaro preguntó si podía fumar y la mujer asintió. Bostezó y se puso de pie, se acercó a la ventana y comprobó que el sereno estaba durmiendo. Pensó en el viejo y cansado hombre que posiblemente no había cenado esa noche. Pensó en tener cincuenta años. Pensó en la posibilidad de que nunca los llegue a cumplir, y le preguntó a Alfaro qué es lo que quería. Alfaro dijo que sólo deseaba estar un rato sentado y acabarse el cigarrillo. Hace meses que no sé nada de vos, nunca llamaste, inquirió. Alfaro no respondió y al cabo de unos segundos también se puso de pie y se acercó a donde ella estaba. Ambos contemplaron la parte del barrio visible desde la ventana del departamento y Alfaro dijo que era un buen lugar para vivir. La mujer volvió a preguntar qué quería. Alfaro pasó una mano por su hombro de la mujer y se preguntó cómo se sentirá una pareja después de muchos años de matrimonio. También se preguntó por qué una pareja puede durar tanto miró al sereno que se despertó atemorizado y después, sólo unos segundos más tarde, volvió a dormirse.

Dos o tres o quizá cuatro horas antes, Alfaro iba en el viejo Ford del periódico en compañía de Suárez, fotógrafo del diario en el que trabajan. Asistieron a la escena del crimen sucedido en una chifa. Uno de los empleados había matado al dueño, un chino de aproximadamente cuarenta y tres años. Le había clavado un cuchillo en el abdomen. El hijo, un adolescente de catorce años, escuchó los ruidos y se

apresuró a ver qué sucedía. El empleado también asesinó al hijo del emigrante asiático. Primero lo golpeó hasta atontarlo y le obligó a que se arrodille, después, con el mismo cuchillo, le abrió la garganta.

Las dos víctimas yacían en el piso. El padre tenía el tórax cubierto de sangre y el adolescente miraba el techo con chorros de saliva pegados en las comisuras. La sangre formaba un espeso charco que llegaba hasta la cocina.

Cuando Alfaro le preguntó al empleado por qué los había asesinado, éste dijo que el chino solía insultarlo y tratarlo como a una basura. Se cansó de que lo traten como a un animal. Al hijo lo mató presa de un impulso. Fue la rabia, explicó.

La policía encontró al asesino bebiendo una cerveza sentado en una mesa, a unos metros de los cadáveres. El rostro del hombre, un inmigrante potosino de aproximadamente cincuenta años que trabajaba para el chino hacía seis, era apacible, casi se diría (pero esto lo pensó Alfaro después de hablar con la policía y de que Suárez haya tomado las fotos) el del héroe de una revolución frustrada. Alguien convencido de que las cosas suceden inexorablemente y de que los hombres, en última instancia, nada pueden hacer al respecto.

Suárez propuso ir a comer y a tomar unas cervezas. Alfaro dijo que esa noche no tenía ganas. Suárez dijo que lo entendía y le preguntó a dónde quería que lo deje. Alfaro dijo que a unas cuadras del mercado sería perfecto.

Caminó por un barrio llamado La Esmeralda. Se acercó a un carro ambulante de hamburguesas y se comió tres completas. Se sentó en un banco de una plaza y vio a tres mendigos discutiendo. Finalmente, fue hasta el departamento de la mujer. La decisión correspondió a un impulso. Alfaro era ese tipo de personas.

La mujer no volvió a preguntarle qué le sucedía. Cuando acabó el cigarrillo, quiso saber si podía quedarse a dormir. ¿Sólo a dormir?, preguntó la mujer. Sólo a dormir, contestó Alfaro.

Cuando entraron en el cuarto lo primero que vio fue el cuerpo de la niña recostada en el extremo derecho de la cama. Está más grande, dijo. Los niños crecen a una velocidad asombrosa, contestó la mujer, susurrando las palabras en el oído para que la niña no se despierte. Alfaro, que tenía los zapatos en la mano derecha, los guardó en uno de los compartimentos del placard, como lo había hecho decenas de veces en el pasado. La mujer, recostada al lado de la niña, lo miraba con una cara que no denotaba expresión alguna. Alfaro se sacó los pantalones, la polera y se quedó en calzoncillos. Se recostó en la cama y cerró los ojos. Hasta mañana, dijo. La mujer no contestó y Alfaro sospechó que todavía lo estaba mirando.

Al cabo de unas horas miró a la mujer y descubrió que estaba completamente dormida. Alfaro, al ver que todavía era de noche, se puso de pie y vio el cuerpo de la mujer cobijando al de la niña. Se acercó y comprobó si ésta respiraba. Ambas tenían un sueño pesado.

Se vistió apresuradamente, buscó los zapatos, se los calzó y abandonó la habitación sin hacer ruido. La sala vacía del departamento, con las luces apagadas, le conferían una sensación espectral, como si nada de lo que estuviese pasando fuese verdad (y por alguna razón, sintió que ya lo había vivido). Se acercó a la ventana y vio al sereno fumando un cigarrillo. La lumbre de color amarillo refulgía en la noche, similar al ojo de un animal, ¿pero de qué animal?, se preguntó, ¿de qué animal? El sereno tosió y Alfaro se lo imaginó cumpliendo sesenta años. Imaginó una sala pequeña donde sus hijos y tal vez sus nietos y una esposa que había

engordado y se había encorvado a través de los años, hacían una pequeña fiesta. Después se lo imaginó muerto y creyó ver los rostros de todas esas personas, especialmente los de sus nietos, pero ya no los vio tan niños. La familia completa alrededor de un cuerpo. La familia callada. Después imaginó que cada uno de los miembros desaparecía, hasta que sólo quedaba el cuerpo del sereno, que, al cabo de unos segundos, también se desvanecía.

Abandonó el departamento sin hacer ruido.